



NEIL GAIMAN & MICHAEL REAVES

INTERWORLD



Joey Harker no es un héroe. De hecho es el tipo de chico que es capaz de perderse en su propia casa. Pero un día, Joey sí que se pierde; en serio. Sale de este mundo para meterse de lleno en otra dimensión. El paseo que Joey se da entre dos mundos no es habitual y su extraña habilidad hace que dos fuerzas enemigas mortales se enfrenten para hacerse con ese poder. Los ejércitos de la ciencia y de la magia quieren aprender cómo trasladarse entre realidades de la misma manera en que él lo hace y parece que sus únicas opciones son unirse a los unos o a los otros. Sin embargo, pronto descubre que hay muchos como él y que a pesar de sus formas y tamaños, comparten muchas similitudes con el propio Joey...

El maestro Neil Gaiman se une al ganador de un Emmy y escritor de ciencia ficción Michael Reaves para crear una deslumbrante historia sobre magia, ciencia, honor y el destino de un chico muy especial... y de todos los demás que se parecen a él.

A Neil le gustaría dedicar este libro a su hijo Mike, quien, entusiasmado por el manuscrito, no paró de animarnos y preguntarnos cuándo iba a poder leerlo en un libro de verdad.

A Michael le gustaría dedicárselo a Steve Saffel.

Acerca de la obra

«Lo que *InterWorld* consigue recrear con exactitud es el miedo infantil de que si nos encontramos fuera de nuestro entorno y alejados de nuestras familias durante demasiado tiempo, nuestras familias y aquellos a los que amamos podrían acabar por olvidarse de nosotros e incluso podría ser que nunca consiguiéramos volver. El propósito de la novela no es hacer que este miedo tenga una base sino darle a los lectores un irresistible incentivo que para que ellos solos quieran dar esos primeros pasos en los mundos impredecibles que les esperan...»

THE NEW YORK TIMES

Nota de los autores

La presente es una obra de ficción. Sin embargo, dado el número infinito de mundos posibles, bien podría ser real en alguno de ellos. Y si una historia ambientada en un número infinito de universos posibles es cierta en uno de ellos, entonces debe serlo en todos. De modo que, a lo mejor, a fin de cuentas, no tiene nada de ficticia como creímos en un principio.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Una vez me perdí en mi propia casa.

Supongo que suena peor de lo que fue. Acabábamos de ampliar la casa (con un pasillo y un dormitorio para el renacuajo, mi hermano pequeño, también conocido como Kevin)..., aunque, bueno, en realidad ya no había carpinteros y hacía un mes que las aguas habían vuelto a su cauce. Mi madre nos había avisado de que la cena estaba lista y yo salí corriendo escaleras abajo. Cuando llegué a la segunda planta, sin embargo, me fui hacia el lado contrario y me encontré en un cuarto empapelado con nubes y conejitos. Al darme cuenta de que había girado a la derecha en vez de a la izquierda, me apresuré a cometer de nuevo el mismo error y darme de bruces con el vestidor.

Para cuando llegué abajo Jenny y papá ya estaban allí y mamá me dedicó La Mirada. Decidí que iba a ser peor dar explicaciones, de modo que cerré el pico y me concentré en mis macarrones gratinados.

En cualquier caso, supongo que habréis captado el problema: no tengo muy desarrollado lo que la tía Maude solía llamar «brújula interior»; es más, creo que nunca la he tenido imantada. ¿Que si distingo el norte del sur y el este del oeste? Ni en sueños, ya bastante tengo con diferenciar la derecha de la izquierda. Resulta muy irónico teniendo en cuenta el devenir de los acontecimientos...

Pero me estoy adelantando. Vale, voy a escribir este relato tal y como nos enseñó el señor Dimas, quien nos dijo

que no importaba con qué se empezase siempre y cuando se empezase..., de modo que comenzaré con él.

Estábamos a finales de octubre, ya en mi segundo año de instituto, y todo discurría con normalidad a excepción de educación cívica, lo cual, por lo demás, tampoco era de extrañar. El señor Dimas, el profesor de la asignatura, era conocido por poner en práctica métodos de enseñanza poco convencionales. En los exámenes del primer semestre nos había vendado los ojos para que pinchásemos una chincheta en un mapamundi y luego escribiésemos una redacción sobre el sitio donde se había clavado. A mí me tocó Decatur, una ciudad de Illinois. Hubo quienes se quejaron porque les cayeron sitios como Ulan Bator o Zimbabue, pero no eran conscientes de su suerte: ¡a ver quién es el listo que escribe diez mil palabras sobre Decatur, Illinois!

El señor Dimas siempre andaba tramando cosas por el estilo. El año anterior había sido portada del periódico local y había estado a punto de ser despedido por convertir en feudos litigantes dos clases que debían intentar negociar la paz durante todo un semestre. Al final las conversaciones de paz fracasaron y ambos bandos acabaron declarándose la guerra en el patio de recreo. La cosa se desmadró un poco y corrió sangre de algunas narices. Los noticiarios locales recogieron las declaraciones del señor Dimas: «A veces la guerra es necesaria para enseñar la importancia de la paz, y en ocasiones hay que aprender el verdadero valor de la diplomacia para evitar la guerra. Yo prefiero que mis alumnos aprendan estas lecciones en el patio de recreo que en el campo de batalla».

En el instituto corrió el rumor de que iban a despedirlo. Hasta el alcalde Haenkle pilló un buen cabreo (la nariz de su hijo fue una de las que sangró). Mamá, mi hermana pequeña Jenny y yo nos quedamos los tres despiertos hasta tarde, bebiendo leche con cacao a la espera de que papá volviese de la reunión del ayuntamiento. El renacuajo no había tardado en dormirse en el regazo de mamá, que to-

davía le daba el pecho por aquel entonces. Era medianoche pasada cuando papá entró por la puerta de atrás, lanzó el sombrero sobre la mesa y anunció:

—La votación ha sido de siete votos a favor y seis en contra: Dimas conservará su puesto. Tengo la garganta destrozada.

Mamá le preparó un té y Jenny le preguntó por qué había defendido al señor Dimas.

—Mi maestro dice que siempre está dando problemas.

—Y es verdad —corroboró papá—. Gracias, cariño. —Le dio un sorbo al té y prosiguió—: Pero también es uno de los pocos profesores que se preocupan por lo que hacen, y además es un hombre con la cabeza bastante bien amueblada. —Señaló entonces con la pipa a mi hermana y le dijo—: Duendecilla, a la cama, que ya ha pasado la hora de las brujas.

Así era mi padre: aunque solo ocupaba un puesto de concejal, tenía más influencia sobre la gente que el propio alcalde. En otros tiempos agente de bolsa en Wall Street, todavía les gestiona las acciones a algunos de los ciudadanos más prominentes de Greenville, entre ellos varios miembros de la junta escolar. Como el cargo de concejal solo le lleva unos cuantos días al mes, durante gran parte del año conduce un taxi. Una vez le pregunté para qué lo hacía si con sus inversiones llegábamos de sobra a fin de mes (y eso sin contar el negocio de mi madre: la venta a domicilio de joyas); me respondió que le gustaba conocer a gente nueva.

Quien crea que el señor Dimas se achantó por haber estado a punto de ser despedido se equivoca; nada más lejos. Lo que se le ocurrió para el examen final de educación cívica fue radical incluso para él. Dividió la clase en diez equipos de tres, volvió a vendarnos los ojos (tenía un máster en el tema) e hizo que un autobús escolar nos fuera dejando en distintos sitios de la ciudad. En teoría desde allí teníamos que llegar a ciertos puntos de control en un tiem-

po determinado sin valernos de ningún plano. Cuando otro profesor le preguntó qué tenía eso que ver con la educación cívica, el señor Dimas le respondió que absolutamente todo tenía que ver con su asignatura. Antes de empezar nos confiscó móviles, tarjetas de teléfono y de crédito y dinero en metálico para que no llamásemos a nadie ni cogiésemos un autobús o un taxi. Estábamos solos ante el peligro.

Y ahí fue donde empezó todo.

Tampoco era que fuésemos a enfrentarnos a grandes peligros, al fin y al cabo el centro de Greenville no es el centro de Los Ángeles ni de Nueva York, ni tan siquiera de Decatur (Illinois). Lo peor que podía sucedernos era que una anciana arremetiese contra nosotros con su bolso si hacíamos la tontería de intentar ayudarla a cruzar la avenida 42. Fuera como fuese, me habían puesto en el grupo con Rowena Danvers y Ted Russell y la cosa prometía ser interesante.

Cuando el autobús del instituto se detuvo en medio de una nube de humo de diésel, nos apeamos y nos quitamos las vendas. Estábamos en el centro: hasta ahí podíamos deducirlo solos. Era primera hora de la tarde de un día fresco de octubre y no había mucho trasiego, ni de personas ni de vehículos. Lo primero que hice fue buscar el letrero de la calle, que nos indicó que nos encontrábamos en la esquina del bulevar Sheckley con Simak.

Y supe dónde estábamos.

Fue tal mi sorpresa que por un momento no conseguí articular palabra. Yo era el típico que de pequeño se perdía yendo al buzón de la esquina, pero en ese momento vi claramente dónde nos encontrábamos: justo enfrente de la calle del dentista al que habíamos ido Jenny y yo dos días antes para hacernos una limpieza de boca.

Antes de acertar a decir algo, Ted se sacó la tarjeta que nos había dado a cada uno el señor Dimas, en la que ponía

la ubicación donde debían recogerlos.

—Tenemos que llegar a la esquina de Maple con Whale. Eh, lo mismo podemos llamar a tu padre para que venga a recogerlos, Harker.

Lo único que necesitáis saber sobre Ted Russell es que no sería capaz de deletrear «WC»; y no porque sea tonto — que lo es; no lo es más porque no se entrena—, sino porque le daría pereza. Era repetidor, un año mayor que yo, y yo sabía que de él solo podía esperar bromas de mal gusto que ni un niño de primaria reiría. Pero, por muy capullo que fuese, estaba dispuesto a aguantarlo con tal de estar allí — o en cualquier otra parte— con Rowena Danvers.

Supongo que las habrá más guapas, más listas o mejores en el instituto de Greenville, pero nunca me he molestado en mirarlas. Por lo que a mí respecta, Rowena es la única chica que existe; aunque, tras dos años de esfuerzos, todavía no he logrado convencerla de que soy algo más que un extra de segunda en la película de su vida. No era que me odiase ni que le cayese mal: no llegaba a ser tan importante para nada de eso. Dudo que hayamos intercambiado más de cinco frases en todo el curso, y probablemente cuatro de ellas han sido del tipo «Perdona, se te ha caído» o «Lo siento, ¿estabas sentada aquí?». Vamos, muy lejos de las frases con las que se construyen los grandes romances, aunque las conservo todas y cada una como oro en paño.

Sin embargo, quizá tenía ahora ante mí la oportunidad de cambiar eso, de convertirme en algo más que un bip anónimo en la pantalla de su radar. Yo casi había cumplido ya los quince años, y ella era mi Primer Amor, lo juro, y estoy hablando muy en serio. O eso creía por entonces. No se trataba de un cuelgue cualquiera: no solo estaba enamorado de Rowena Danvers, lo estaba completa, profunda y apasionadamente. Hasta se lo conté a mis padres, y eso es echarle valor. Les dije que, si ella se fijaba en mí algún día, el nuestro sería el romance más sonado del siglo. Como se dieron cuenta de que hablaba en serio, no se burla-

ron de mí; es más, lo comprendieron y me desearon suerte. Yo sería Tristán y ella Isolda (quienquiera que fuesen; eso lo dijo mi padre); yo Sid y ella Nancy (quienquiera que fuesen; lo dijo mi madre). Quería impresionarla, y poco me importaba si demostrarle que sabía cruzar una calle en la buena dirección no era una gesta digna de una obra de Shakespeare. Me contentaba con cualquier cosa.

—Yo sé dónde estamos —anuncié por fin.

Ted y Rowena me miraron con desconfianza.

—Sí, ya, claro. Antes prefiero ponerme otra vez la venda. Vamos, Rowena —le dijo Ted cogiéndola por el brazo —, todo el mundo sabe que Harker no podría encontrarse ni el culo con ambas manos atadas a la espalda.

Rowena se zafó de Ted y se quedó mirándome. Comprendí que no tenía ganas de andar con Ted Russell ni cinco o seis manzanas, pero que tampoco quería pasarse el resto del día vagando sin rumbo por el centro.

—¿Estás seguro-seguro de que sabes dónde estamos, Joey? —me preguntó.

¡Mi amada pidiéndome ayuda! ¡Me sentí capaz de encontrar el camino de vuelta a casa desde la cara oculta de la luna!

—Segurísimo —le respondí con la confianza del pobre pavo que cree que va a pasar un estupendo día de Acción de Gracias—. Seguidme, ¡vamos! —Y eché a andar calle abajo.

Rowena dudó por un instante pero dejó atrás a Ted y empezó a seguirme. El chico la miró estupefacto por un momento y luego agitó el brazo como diciendo «¿De qué vas?».

—Vais apañados. Le diré a Dimas que mande un equipo de rescate —gritó, y a continuación se echó a reír y a hacer aspavientos. (Debe de ser divertidísimo ser tu propio público).

Cuando Rowena me alcanzó seguimos caminando un rato en silencio. Después de atravesar el parque Arkwright

nos dirigimos al norte —creo—, hacia la calle Corinth.

Seis manzanas después me di cuenta de algo importante: está bien tener claro dónde te encuentras pero es mejor aún saber a dónde vas. Y yo, por supuesto, no tenía ni idea: en cuestión de minutos me vi más perdido que nunca en mi vida; y lo que era peor, Rowena se dio cuenta, se lo noté en los ojos.

Empezó a entrarme el pánico porque no quería defraudar a Rowena pero tampoco quería quedar mal.

—Espera aquí un minuto —acerté a decirle, y salí corriendo antes de que pudiera responder.

Deseaba con todas mis fuerzas reconocer alguna calle u otra referencia. Doblé la esquina y, al ver un edificio que me resultó familiar al final de la siguiente manzana, seguí por esa misma vía —el bulevar Arkwright, pegado al parque— para asegurarme.

En Greenville el tiempo es, como poco, raro. La razón es la proximidad al Grand, un río que tiene a bien regalarnos la industria cervecera y el turismo que viene a hacer senderismo y a ver las cataratas, pero también la bruma que se extiende por la ciudad en cuanto se levanta un poco de fresco.

Y sobrevino justo en la esquina de Arkwright con Corinth. Encaré la neblina de frente y sentí las gotas frías en la cara; por lo general suele volverse más ligera una vez que estás dentro, pero no fue el caso: me pareció andar a través de un humo denso, cegador y gris.

Continué atravesándola sin darle mayor importancia, porque, a fin de cuentas, tenía cosas más relevantes en la cabeza. Desde el interior distinguí resplandores de muchos colores. Es curioso cómo se ve una ciudad cuando lo único que se vislumbran son luces.

Al doblar por la siguiente esquina y entrar en la calle Fallbrook, salí de la niebla... y me detuve. Estaba en una par-

te de la ciudad que no me sonaba de nada, donde había un McDonald's que no había visto en mi vida, con un gran arco de cuadros escoceses por encima. «Será alguna promoción sobre Escocia o algo parecido —me dije—. Qué raro». Pero por mucho que me fijé, no lo llegué a procesar: estaba demasiado ocupado pensando en Rowena y preguntándome si habría alguna manera de explicarle lo sucedido sin quedar como un completo idiota. Sin embargo, no la había, y no me quedaba más remedio que volver con ella y confesarle que estábamos perdidos. Tenía tantas ganas de decírselo como de ir a la revisión anual del dentista.

Al menos la niebla se había disipado cuando volví a la calle perpendicular jadeando y sin aliento. Rowena seguía donde la había dejado, mirando el escaparate de una tienda de animales, de espaldas a mí. Crucé la calle corriendo, le di un toquecito en el hombro y le dije:

—Perdona. Supongo que tendríamos que haberle hecho caso a Ted, y sé que era lo último que esperabas oír.

Se dio la vuelta.

Me acuerdo de que una vez, siendo yo bastante pequeño —me refiero a un crío, cuando vivía en Nueva York, antes de mudarnos a Greenville y antes incluso de que Jenny existiera—, iba siguiendo a mi madre por los almacenes Macy's. Habíamos ido a hacer las compras de Navidad, y yo juraría no haber apartado los ojos de ella, que llevaba un abrigo azul. La seguí por toda la tienda hasta que me asusté por la barahúnda y la cogí de la mano. Y cuando miró hacia abajo...

No se parecía en nada a mi madre; era una mujer a la que no había visto en mi vida que llevaba un abrigo azul muy parecido y el mismo corte de pelo. Me eché a llorar y me llevaron a una oficina, donde me dieron un refresco y me ayudaron a encontrar a mi madre. Aunque todo acabó felizmente, nunca podré olvidar ese momento de desorientación, de esperar ver a una persona y encontrarme con otra.

Así me sentí en ese momento. Porque la que tenía ante mí no era Rowena, pese a que se parecía mucho a ella — casi como una hermana— y llevaba la misma ropa; incluso una gorra negra semejante a la suya.

Pero Rowena siempre andaba presumiendo de su larga melena rubia y no paraba de decir que se la dejaría crecer hasta donde fuese posible y que jamás se la cortaría.

Aquella otra chica, en cambio, tenía el pelo rubio pero corto, muy, muy corto; y ni siquiera se parecía a Rowena, al menos cuando la mirabas de cerca. Mi amada tiene los ojos azules y esa otra los tenía castaños. No era más que una chica cualquiera con un abrigo marrón y una gorra negra que estaba mirando los cachorrillos del escaparate de una tienda de animales. Totalmente desorientado, retrocedí y le dije:

—Perdona, creí que eras otra persona.

Me miró como si acabase de salir de una alcantarilla con una careta de *hockey* y una motosierra en la mano, pero no dijo nada.

—Lo siento mucho, de verdad —me excusé de nuevo—. Ha sido culpa mía, ¿vale?

Asintió sin decir ni pío y se fue acera abajo hasta que llegó a la perpendicular, sin parar de mirar atrás a cada tanto. Acto seguido echó a correr como si la persiguieran todos los perros del averno.

Quise pedirle perdón por el susto que le había dado pero ya tenía bastante con lo mío: estaba perdido en el centro de Greenville, me había separado del resto de miembros de mi unidad y no tenía ni una sucia moneda. Había suspendido educación cívica.

Solo podía hacer una cosa, así que la hice: me quité el zapato.

Debajo de la plantilla guardaba doblado un billete de cinco dólares. Mi madre me obliga a llevarlo para casos de emergencia. Saqué los cinco pavos, volví a calzarme, conseguí cambio y me subí a un autobús que me dejaba cerca